



Valor de una rima

—¿A qué podré comparar una rima perfecta?
¿A un ave, a una piedra preciosa, a una flor, a una
linda joven?

—Nó. Porque la mujer y el ave y la flor son
percederas y la piedra carece de melodía.

—¿A qué, pues?

—A nada. Una bella rima es algo que resplan-
dece inmortalmente y que resume todos los valores.
Es una concreción de idea y de color y de música.
Una síntesis de cerebro y de espíritu. Un milagroso
amalgama de los complejos elementos excepcionales
que constituyen una obra superior y que tiende al
infinito Es algo inmutable que deslumbra y
emociona, que seduce y encanta, que embriaga y
fascina. Es una estupenda maravilla verbal, que
tiene la magia del iris y de las constelaciones y del
azul de los firmamentos, y la voz recóndita de lo
ignoto, y el número divino que marca la vibración
de los ritmos eternos.

Crear una rima suprema es tan difícil y tras-
cendental como descubrir un mundo. Un explora-
dor de los arcanos del pensamiento es aún más
grande que el audaz navegante que en los remotos
piélagos polares descubre las islas silenciosas en-
vueltas en las brumas.

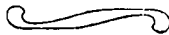
En cada vocablo de una estrofa de absoluta
armonía se eterniza un soplo de sagrado misterio,
un perfume de los plenilunares jardines del sueño,
una luz de los astros errantes. Y esas profundas
palabras, unidas sonoramente como un collar de
mágicas perlas azules, encierran todo lo que de
sí puede dar, en una hora inaudita de gracia
y poder supraterrrestres, el alma dolorosa de los
hombres.

FROYLÁN TURCIOS.

Amado del Alma

Por todos los senderos
de esta callada selva
pasar te he visto, ¡Amado
del Alma, a quien venero!
Por doquiera el encanto
de tu sombra se queda,
como el fulgor de un astro
ardiendo en la arboleda.
Te busco, y si te encuentro
te sigo y no te alcanzo;
mas el haberte visto
pasar, aun a distancia,
es dulce recompensa
a mi alma que te inquiere
para tenderse entera
como florida alfombra
a recibir tus pasos
y recoger tu sombra.
Por todos los senderos
de esta callada selva
te voy siguiendo, Amado
Maestro de mi vida,
para tenderme un día
delante de tus pasos
como un riachuelo puro
que canta de alegría
sintiendo en sus riberas
un rumor de palomas
y un temblor de palmeras

ROBERTO BRENES MESÉN.



El jardín abandonado



EN un pliegue de la costa escarpada,
entre las altas y las bajas tierras,
a orillas de la duna marina, entre
el lado de donde viene el viento y
aquel a donde vá, murado de rocas,
como una isla en plena tierra, el fantasma de un
jardín hace frente al mar. Un cinturón de zarzas

y de abrojos cierra la rápida pendiente en torno del suelo cuadrado, sin flores, en donde las hierbas salvajes, después de haber nutrido su verdor en los sepulcros de las rosas, yacen ahora muertas.

La costa desciende hacia el Sur, abrupta, asoleada, hasta abajo, hasta el extremo de la solitaria región. Si un paso resonara; si una palabra fuera pronunciada, ¿no surgiría un fantasma para alcanzar la mano del intruso? Por mucho tiempo las alamedas, grises y desnudas, están si un huésped, y si a través de las ramas y de los rosales silvestres, alguien se abriera paso, no hallaría otra cosa viviente sino el viento del mar que no descansa de noche ni de día.

El camino, con su maleza impenetrable que lo ciega y ahoga, es apenas un sendero tortuoso que nadie pretende trepar; se arrastra por el espacio angosto y sombrío que los años han despojado de todo, menos de las zarzas a quienes el tiempo no puede herir. Ahorra las espinas cuando siega la rosa; las rocas sobreviven cuando devastan la llanura. El viento que vaga y las hierbas salvajes que el viento sacude, es lo que sobrevive.

Ni una flor para ser hollada; como el corazón de un muerto, las platabandas están secas. El ruiseñor no lanza su reclamo en las malezas, y aun cuando lo lanzara ninguna rosa hay allí para responderle. Sobre los prados que florecen y se marchitan no resuena sino el grito de un pájaro marino. Solamente el sol y la lluvia pasan, uno tras otro, por este paraje, durante todo el año.

El sol devora con su fuego; la lluvia despoja con su aliento sin perfume una débil y pálida flor. Aquí sólo el viento se cierne y se recrea en una ronda donde la vida es estéril como la muerte. Aquí, en pasados tiempos, hubo risas; acaso hubo lágrimas de amantes que ninguno conocerá nunca, y cuyas miradas se dirigieron hacia el mar, hace cien años.

Allí estaban los corazones estrechamente unidos como las manos.

—Mira a este lado—murmuraba él. Desvía los ojos de esas flores y dirígelos hacia el mar, porque las flores de la onda espumante perduran todavía cuando las rosas se mistician y los hombres que aman de prisa pueden morir...¿Pero nosotros?

Y el mismo viento cantaba y las mismas ondas florecían, y, antes de que el mismo jardín dejara caer sus últimos pétalos sobre los labios que habían

hablado en voz baja. sobre los ojos que se iluminaron. el amor había muerto.

O, si amaron por toda su vida, ¿hacia dónde se fueron? ¿Apenas hasta el fin? Pero este fin ¿quién lo conoce? El amor, profundo como el mar, debe marchitarse como las rosas. ¿Los muertos tendrían un recuerdo de amor para sus muertos? ¿Qué amor fué tan hondo jamás como la tumba? Y estos seres están, ahora, sin amor, como el césped que crece sobre ellos o como la onda.

Yacen todos en el mismo lugar, rosas y amantes, ignorados de las riberas y de los campos y del mar. Ni un hálito de otros tiempos sopla en el aire que endulzó la proximidad del estío. Aquí ninguna brisa endulzará en lo sucesivo la estación de las flores o de los amantes que hoy ríen y lloran, cuando, como los que están ahora libres del llanto y de la risa, nos durmamos nosotros.

Aquí la muerte no puede contarse como una cosa eterna; aquí la caída del día puede no llegar hasta el día en que terminen los días. De las tumbas, por ellos cavadas, no se levantarán nunca más los que nada dejaron vivo para destruir. Tierra, piedras, espinas, apretadas en el suelo inculto, mientras duren el sol y la lluvia vivirán hasta el día en que el último viento caiga sobre ellas y las arrastre al mar.

Hasta que el lento mar se levante y las riberas ásperas se desmigajen; hasta que los profundos abismos se beban terraplenes y prados; hasta que la fuerza de las ondas en las grandes mareas domine los campos recortados y las rocas que retrocedan. Entonces, en su triunfo, allí donde todas las cosas van a desplomarse, oculta entre los abrojos que ella sembró con su propia mano, como un dios que se hubiera degollado él mismo en un extraño altar, la muerte estará extendida, muerta.

A. C. SWIMBURNE.



Tahití ideal

UNA tierra olvidada en un cerúleo piélago,
como eslabón perdido de un remoto archipiélago,
una tierra olvidada en un cerúleo piélago.

Una isla misteriosa, una feliz quimera,
gozando de una dulce y opima primavera,
una isla misteriosa, una feliz quimera.

Donde jamás anclaron sus carabelas cautas,
—en busca de tesoros— los blancos argonautas—
donde jamás anclaron sus carabelas cautas.

Ni brillaron las hojas de sus rudos aceros
entre sus platanares y verdes cocoteros,
ni brillaron las hojas de sus rudos aceros.

Ni el eco belicoso de sus claros clarines
turbó la paz eglógica que reina en sus confines,
ni el eco belicoso de sus claros clarines.

Ni vió flotar al viento sobre su costa brava
un pendón purpurado o una bandera flava,
ni vió flotar al viento sobre su costa brava.

Una isla misteriosa, una tierra sin nombre,
que nunca han deshonrado los crímenes del hombre,
una isla misteriosa, una tierra sin nombre.

Bajo el follaje umbroso de los llorosos sauces
los manantiales corren dulcemente en sus cauces,
bajo el follaje umbroso de los llorosos sauces.

Extraños caracoles de marfil y de rosa
el mar riega en su playa tranquila y melodiosa,
extraños caracoles de marfil y de rosa.

Antílopes de grandes miradas femeninas
retozan en los claros de florestas divinas,
antílopes de grandes miradas femeninas.

Y de las grandes lunas a los argénteos brillos
pacen los verdes tréboles o los dulces tomillos,
y de las grandes lunas a los argénteos brillos.

Los árboles dobléganse rindiendo sus tributos
al peso de sus dulces y sazonados frutos,
los árboles dobléganse rindiendo sus tributos.

Pájaros fugitivos atraviesan sus ramas
como joyas con alas o fugitivas llamas,
pájaros fugitivos atraviesan sus ramas.

En sus celestes lagos poblados de rumores
agítanse los peces de vívidos colores,
en sus celestes lagos poblados de rumores.

O se oye en sus perdidos recónditos parajes
el grito con que ancean los ánares salvajes,
o se oye en sus perdidos recónditos parajes.

La huella de la garra retráctil de las fieras
jamás se vió en sus bosques, cañadas y praderas,
la huella de la garra retráctil de las fieras.

Ni el crótalo mortífero con lindeces de oro
envió entre los arbustos su apéndice sonoro,
ni el crótalo mortífero con lindeces de oro.

Ni un ave de rapiña, terror de los apriscos,
amenazó las cabras que juegan en los riscos,
ni un ave de rapiña, terror de los apriscos.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Idearium español

¿CÓMO se explica que Lope de Vega, con su genio dramático original fecundísimo, no nos haya dejado una obra *acabada*, como *Hamlet*? No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores a las de Shakespeare, sino que Shakespeare disparaba después de apuntar bien y daba casi siempre en el blanco; mientras que Lope no daba casi nunca, porque tiraba sin apuntar, al aire. Y esta diferencia es tan clara, que en España misma Lope se ha visto relegado a segundo término por Calderón, que se servía de tipos teatrales, sin la lozanía y la espontaneidad de los del teatro de Lope; pero que sabía concentrar más su atención e infundir a sus personajes y escenas cierta intensidad, cierta

emoción interiores, sin las cuales no hay obra duradera. Y no se crea que Calderón profesaba principios estéticos más firmes que los de Lope: cuando la independencia del artista es tan exagerada como en nuestro país, poco importan los principios, puesto que cada cual hace lo que mejor le parece; las equivocaciones y aciertos dependen en gran parte del azar, de una intuición feliz, interpretada con mejor o peor fortuna. Un estudiante, para distraerse durante las vacaciones, comienza a escribir *La Celestina*, y conquista el primer puesto en la literatura española.

ANGEL GANIVET.



Sepelio

MIRÁNDOTE en lectura sugerente,
llegué al epílogo de mis quimeras;
tus ojos de palomas mensajeras
volvían de los astros, dulcemente...

Tenía que decirte las postreras
palabras, y callé espantosamente;
tenía que llorar mis primaveras,
y sonreí, feroz...indiferente...

La luna, que también calla su pena,
me comprendió como una hermana buena...
Ni una inquietud, ni un ademán, ni un modo...

¡Un beso helado... Una palabra helada.
Un beso, una palabra, eso fué todo;
¡todo pasó sin que pasase nada!

JULIO HERRERA REISSIG.



Las obras del Sol

VUELVE con las canículas eternas
el azúl de la aurora a ser ventura;
las noches mecen en su astral hondura
un húmedo silencio de cisternas.

Domestica la tarde ovejas tiernas,
el arrullo se intima en la espesura.
La falda clara, menos grave, augura
una pulgada más de lindas piernas.

En pródida sazón de resolana
el sol hace negrear la uva profana;
arde en rosas bucólicas el cesto

de la pastora, y con amor de artista,
en la barba del viejo pone un gesto
sobrio y jovial de sátiro flautista.

LEOPOLDO LUGONES.



El son de las esquilas



POR Irkeschtara, pequeña fortaleza rusa, pasamos la frontera entre Rusia y China, y atravesamos un magnífico bosque de álamos y sauces que se extiende a orillas del río Nágara Chaldi, el cual corre entre grandes muros de roca viva. El lugar es delicioso; allí descansamos todo un día frente a un fresco manantial, que surge a borbotones de la roca, disfrutando de aquella vivificante frescura durante el día y de la solemnidad y sosiego de la noche, viendo pasar de cuando en cuando grandes caravanas con algodón de Kaxgar. En medio de aquella paz se experimenta una satisfacción indescripible al oír en la lejanía el sordo tintineo de las esquilas que guían las caravanas, el cual se acerca poco a

poco marcando el andar tranquilo y majestuoso de los camellos. Las caravanas pasan como sombras fantásticas, y nosotros volvemos a acurrucarnos en nuestros lechos oyendo cómo muere el ruido de las esquilas en los cercanos montes. Este ruido tiene un poder verdaderamente mágico; ya hace veinte años que le oí por primera vez; y desde entonces mi memoria le ha evocado tantas veces que puedo asegurar que ha sido a manera de una suave melodía compañera de mi existencia. Al lento sonar de las esquilas salí a caballo de Bagdad para el Kurdestán; en aquella ocasión los árabes caminaban demasiado despacio para dar satisfacción a mi impaciencia, y yo me adelanté, siendo recibido por Aga-Mohamed Hassan con grandes muestras de cordialidad, y tuve crédito ilimitado sólo por la circunstancia de ser paisano de Carlos XII. Al lento sonar de las esquilas atravesé el Jorasán y el Turquestán y crucé el desierto de Taklamakan; pero allí las esquilas me sonaban a toque de muerto; pues toda mi caravana, excepto dos de mis compañeros y yo, había sucumbido de sed. Y también al sonar de las esquilas atravesé la Mongolia y la China septentrional. Las grandes alegrías y las profundas pesadumbres de tan largo viaje fueron siempre acompañadas del sonoro e inolvidable tintineo; por eso allá, en mi tranquilo hogar del norte, he soñado involuntariamente con él: cuando en la iglesia tocan a muerto, evoca mi memoria las expediciones a las tristes soledades asiáticas; y cuando esas mismas campanas llaman a los fieles al culto, su sonido me vuelve a la tranquilidad del desierto y a la sublime solemnidad de las montañas del Tibet. Yo sé que algún día el mismo sonido me acompañará a la tumba, ya sea el de las campanas de la iglesia o el de las monótonas esquilas de la caravana; de todos modos, en la ciudad o en el desierto, la extraña melodía es para mí un himno de victoria infinitamente querido.

SVEN HEDIN.



¿Qué somos?

CUANDO creí ser bueno y merecer un halo
igual al que en el Monte nimbó a Cristo de gloria,
me encontré menos puro y me miré más malo.
Fué una verdad: mi oro interior fué escoria.
Y me palpé vacío con manos temblorosas
y ví que era un desierto de arenas ardientes.
Fué una verdad: la arena me marchitó las rosas
y al beberse las aguas me dispó las fuentes.
Cuando creí ser malo y merecer la herida
y verme por la sangre humedecido y tinto,
me encontré más completo y más fuerte en mi vida.
Fué una verdad: un dios se disfrazó en mi instinto.
Y me palpé armonioso y ví que florecía
en aguas y rosales, y que bajó una escala
del cielo, cual la viera Jacob, para ser mía.
Fué una verdad: mi garra se convirtió en un ala.
Y dije: ¡qué incompleta esta esencia del hombre!
¿Qué somos? Simples larvas de ángeles caídos,
ideas: agonías parciales de sentidos
de transición... ¿Qué nombre nos donemos? ¿Qué nombre?

ROBERTO BARRIOS.



Juan Garín

(Traducción de E. Díez Canedo)

I

EN la montaña—milagro
leyendas han florecido;
leyendas de Juan Garín
tentado por el Maligno.
Fray Juan hace penitencia,
solo, en encumbrado pico.
Lleváronle una doncella
presa de malos espíritus.

Montserrat, montaña santa,
montaña de los cien picos.

Derechos reservados

II

Fray Juan dentro de la cueva
rezaba con gran fervor:
preséntasele Riquilda
vestida de tentación.
Fray Juan los párpados cierra
y al trasluz la ve mejor.

En Montserrat todo es bruma:
Riquilda es rayo de sol.

III

Después de tan gran pecado
Garín de bruces se encuentra.
Despeñada está Riquilda;
Montserrat limpio de niebla.
Fray Garín ve los abismos
y flaquéanle las piernas.
De manos en tierra cae
cada vez que alzarse intenta.
Juan Garín ya no es un santo
ni un hombre: tornóse fiera
de los campos, y en los campos
de Montserrat se apacienta.

IV

A rastras va muchos años.
Voz de inocencia le llama:
«Levántate, Juan Garín,
tu penitencia se acaba:
vuelve los ojos al cielo,
que ya la tierra los harta.»

Juan Garín se alza de manos:
como un oso se levanta.

JUAN MARAGALL.



El anciano y las ninfas

EN lo alto de la montaña habita un viejo ciego. Sus ojos hace mucho tiempo que murieron por mirar a las ninfas. Y desde entonces su felicidad es ya un recuerdo lejano.

—Sí, yo las he visto —me dijo una vez. He visto a Helopsychria y Limanauthis: estaban de pie junto a la orilla, en el verdoso estanque de Physos. El agua brillaba un poco más alta que sus rodillas.

...Sus nuca se inclinaban bajo el peso de sus largos cabellos. Tenían las uñas breves y finas como alas de cigarrá. Sus pechos parecían cálices de jacinto.

...Paseaban sus dedos sobre la superficie inquieta y le arrancaban el secreto de los nenúfares de largo tallo..... En torno de sus muslos un poco separados se ensanchaban círculos lentos.....

PIERRE LOUYS.



Galantería ingenua

A través de la bruma invernal y del limo,
tras el hato, Fonoe cabra la senda terca;
mas de pronto, un latido dícela que él se acerca....
Y en efecto oye el silbo de Melampo su primo.

A la llama, el coloquio busca sabroso arrimo;
luego inundan sus fiebres en la miel de la alberca;
hasta que la incitante fruta de ajena cerca
les brinda la luz verde dulce de su racimo.

Después rien...de nada. ¿Para qué tendrán boca?
Y, por fin —Dios lo quiso—él, de espaldas la choca
y la estriega y la burla, ya que Amor bien maltrata...

Y ella en púdicas grimas, con dignidades tiernas
de doncellez, se frunce el percal que recata
la primicia insinuante de sus prósperas piernas....

JULIO HERRERA REISSIG.

Derechos reservados

Sobrevivirse

Mucho espanta la muerte, pero más el olvido.
Del peso de los años al verse libre el hombre,
teme que con su cuerpo se sepulte su nombre.
Aun reducido a nada quiere ser conocido.

I unos, libros y libros amontonan con ruido,
y otros con el estudio conquistan gran renombre...
I se van... y en seguida no hay nadie que los nombre,
su pedestal triunfante cayendo carcomido.

El tiempo iguala todo, cabañas y santuarios;
alcázares y templos su vida ven minada
y ni aun respeto logran de Egipto los osarios.

Un día es un relámpago, un siglo una oleada;
y el ebrio como el necio, pobres y millonarios,
van juntos al abismo hechos polvo, humo, nada.

A DES ESSARTS.



En Provenza

(Traducción de Leonardo Castillo)

En Provenza, en las mansas languideces
y en la dulce quietud de la mañana,
lentamente retañe la campana
mientras el alba, envuelta en palideces,
mira con ojos tímidos de hermana.

Retañe la campana, y sus tañidos
dispérsanse süaves
como flores, sobre los derruidos
aleros do refúgianse las aves;
es como un ramillete de sonidos
que parece caer de tiempos idos,
de remotos antaños;
es un florón de pétalos extraños
y mustios, que parecen desprendidos
de la frente difunta de los años.

GEORGES RODENBACH,
Derechos reservados

Rosa mística

Dios te Salve María:

pura y resplandeciente como el día;
en tu mano sutil llevas las huellas
del cielo, que es tu casa: las estrellas

Llena eres de gracia:

tu nombre por los ámbitos se espacia
como el perfume de una rosa mística
de blancura eucarística

El Señor es contigo:

tu amor es luz y es hostia como el trigo
que en milagro vivaz transfigurado
se hace carne de Dios Crucificado.
Tu nombre es como el agua del camino,
pronta para la sed del peregrino;
es claro y luminoso como el día
y huele a incienso y a jazmín: María
Bálsamo en el dolor, luz en la sombra,
y música en el labio que te nombra.
Y para cada mala venturanza
tiene como un consuelo, una esperanza.

Y bendita tú eres:

por tu amor *entre todas las mujeres*
Bendita para siempre porque fuiste
en tu viacrucis la mujer más triste,
y porque en tus angustias y en tu pena
también tú fuiste la mujer más buena.

En medio a tu dolor, llanto en los ojos,
hiel en el alma y en los pies abrojos,
y como siete símbolos fatales
en pleno corazón siete puñales.

Y bendito es el fruto de tu vientre: Jesús
El dulce, el hondo, el fruto del Arbol de la Cruz.

CARLOS VILLAFañE.



El celaje

¿A dónde fuiste. Amor, a dónde fuiste?
Se extinguió del poniente el manso fuego
y tú, que me decías: *hasta luego*,
volveré por la noche . . . ¡Y no volviste!

¿En qué zarzas tu pie divino heriste?
¿Qué muro cruel te ensordeció a mi ruego?
¿Qué nieve supo congelar tu apego
y a tu memoria hurtar tu sangre triste?

. . . Amor, ¡ya no vendrás! En vano ansioso
de mi balcón atalayando vivo
el campo verde y el confin brumoso;

y me finge un celaje fugitivo,
nave de luz en que al final reposo
va tu dulce fantasma pensativo.

AMADO NERVO



Del De profundis

Recuerdo que estando en Oxford vagábamos un amigo y yo por los estrechos senderos poblados de pájaros del Magdalen una mañana del año que precedió a mi grado, y que yo le dije: —Deseo comer de la fruta de todos los árboles en el jardín del mundo, y me voy al mundo con esa pasión en el alma. En efecto, salí y viví como deseaba. Mi único engaño fué limitarme exclusivamente a los árboles que me parecieron formar el lado luminoso del jardín, y rehuir el otro por sus tristes y oscuras sombras. Falta pobreza, dolor, desesperación, sufrimiento, lágrimas. palabras que brotan de labios inquietos por el pesar, remordimientos que forman una senda de espinas, conciencia que condena, envilecimiento propio que castiga, infortunio que cubre su rostro de humillaciones, angustia que escoge

la arpillera para su vestido y pone hiel en cuanto bebe; —todas estas cosas me infundían miedo. Y como yo había determinado no saber nada de ellas, me ví obligado a probarlas una a una, a nutrirme con ellas, a no tener por largo tiempo otro alimento.

Yo no siento por un instante haber vivido para el placer. Lo hice hasta la saciedad como debe hacerse cuanto se hace. No hubo placer que yo no experimentara. Arrojé la perla de mi alma en una copa de vino. Bajé por la senda primaveral a los sonidos de las flautas. Yo viví en un panal. Pero la continuación de esa vida hubiera sido un error porque siempre había de terminar. Tuve que seguir. La otra mitad del jardín me guardaba también sus secretos. Es cierto que todas estas cosas las predije en mis libros. Aparecen en *The Happy Prince* y en *The Young King*, notables en el pasaje en que el obispo dice al niño arrodillado: *¿No es aquél que hizo el infortunio más sabio que tú?* Frase ésta que después de escrita me pareció algo más que una frase. También aparecen con mayor intensidad en la nota de ruina que como hilo de púrpura corre al través del tejido de *Dorian Gray*. En *The Critic as Artist* se manifiesta con varios colores. En *The Soul of man* están escritas con letras muy fáciles de leer. Son unos de los frenos cuyos concurrentes motivos hacen a *Salomé* parecerse a una pieza de música, y la unen tanto como una balada. Están encarnados en el poema en prosa del hombre que con el bronce de la imagen del *Placer que vive un momento* tiene que hacer la imagen del *Dolor que para siempre perdura*. No podría ser de otro modo. A cada instante de la vida el hombre es lo que está destinado a ser y no menos de lo que ha sido. El arte es un símbolo porque el hombre es un símbolo.

Si me es dado una completa apreciación de las cosas, lo que acabo de decir es la última realización de la vida artística; porque la vida artística no es más que el propio desenvolvimiento. La humildad en el artista es la franca aceptación de todas las experiencias, como el amor en el artista es solamente el sentido de la belleza que revela al mundo su cuerpo y su alma. En *Marius the Epicurean*, *Pater* trata de conciliar la vida artística con la vida religiosa en el profundo, dulce y austero sentido de la palabra. Pero *Marius* es algo más que un espectador; un espectador ideal a quien le es dado *contemplar el espectáculo de la vida con apropiadas emo-*

ciones, las cuales, a juicio de Wordsworth, son el verdadero designio del poeta. Sin embargo, es simplemente un espectador, y quizás demasiado ocupado en la gracia de los asientos del santuario para darse cuenta de que está contemplando el santuario del dolor.

OSCAR WILDE.



Soneto rústico

Aquí sobre la cúspide eminente,
miro caer la tarde. Se diría
que hay en mi corazón y en el ambiente
como un perfume de melancolía.

Vuela el *Angelus*—ave melodiosa—
desde la blanca iglesia de espadaña,
y ya asoma, desnuda y temblorosa,
la estrella del pastor tras la montaña.

Flotan cálidas brisas estivales;
los cocuyos encienden sus fanales
entre la obscuridad de la maleza;

y al borrarse en la sombra los caminos,
una dulzaina llora la tristeza
de los atardeceres campesinos

ROBERTO LIÉVANO.



La voz de Anatolia

YO sufro,—dice Anatolia, por una virtud que dentro de mí se consume inútilmente.

Mi fuerza es el último sostén de una vida solitaria, cuando pudiera guiar segura, desde su origen hasta su término, a un río colmado con todas las abundancias de la vida.

Mi corazón es infatigable. Todos los dolores de la tierra no conseguirían detener sus palpitaciones; la más fiera violencia de la alegría no las cortaría, como no lo extenua esta larga y lentísima pena,

Derechos reservados

Una inmensa multitud de criaturas ávidas podrían calmar la sed en su ternura sin agotarla.

¡Amo! ¿Por qué entonces el destino me somete a este oficio tan angustioso y a esta pena tan lenta?

Yo podría conducir a un alma viril a la región excelsa, donde el valor del acto y el esplendor del sueño convergen en un mismo ápice; yo podría extraer de las profundidades de su inconsciencia las energías ocultas, como el metal en las venas de la piedra bruta.

El más inseguro de los hombres a mi lado encontraría la seguridad; aquel que perdiera la luz vería en el fondo de su camino la señal constante; el que fuera perseguido y mutilado volvería sano e íntegro. Mis manos saben colocar la venda alrededor de las llagas.

Cuando las tiendo, la sangre más pura de mi corazón afluye a la extremidad de mis dedos magnéticos.

Yo poseo los dos dones supremos que amplían la existencia y la prolongan más allá de la ilusión de la muerte.—No tengo miedo de sufrir, y siento sobre mis pensamientos y sobre mis actos el sello de la eternidad.

GARRIEL D'ANNUNZIO.



Al rosario de la Amada

SAGRADO talismán de cuentas blancas
que velas en el lecho de la Amada
con el fervor de un Angel de la Guarda,
acércate y derrama
el olor de tus rosas en mi alma.

Yo quiero que tú viertas en el vaso
de mi mente la esencia de ese ramo
de serena piedad que es como un canto
que la Amada levanta a su Adorado
en tu presencia, talismán sagrado.

Me dispongo a dormir bajo tu guarda,
como cabeza de ave bajo el ala,
sagrado talismán de cuentas blancas;
ruégote que me dejes en el alma
el olor y la unción de su plegaria.

ROBERTO BRENES MESÉN.

y nos trastorne! Pero lo que yo creo es que la idea más alta que podamos formarnos del principio de las cosas será la más verdadera, y que la verdad más verdadera será la que haga al hombre más armoniosamente bueno, más sabio, más grande y más dichoso.

Mi credo está refundiéndose. Sin embargo, todavía creo en Dios y en la inmortalidad del alma. Creo en la santidad, en la verdad y en la belleza; creo en la redención del alma por la fe en el perdón. Creo en el amor, en la abnegación y en el honor. Creo en el deber y en la conciencia moral. Creo hasta en la oración. Creo en las intuiciones fundamentales del género humano y en las grandes afirmaciones de los inspirados de todos los tiempos. Creo que nuestra naturaleza superior es nuestra verdadera naturaleza.

FEDERICO AMIEL.



El anciano

VEO la silueta oscura
del anciano en la ventana.
Hiela afuera.
Arde el cigarro
en espiras azuladas.
Largo rato hace que el té
se ha enfriado ya en la taza.
Los rayos del sol poniente,
al través de la ventana
y del humo del cigárrro
tiñendo de oro la estancia,
hasta el rostro del anciano
con oro líquido esmaltan.
El viejo reloj las horas
cuenta con sonora pausa
El anciano oye del péndulo
el tic-tac, y su mirada
se fija en el sol poniente
con vaguedad obstinada,
mientras el cigarro arde
en espiras azuladas.

IVÁN BUNIN.

El alma frágil

(Fragmento)



Creo que bien podemos representarnos nuestras almas como nos representamos un paisaje oriental: no lo hemos visto, pero nos lo figuramos, en su magnificencia, como si hubiésemos conservado en las pupilas la luz nativa. Así, pues, yo puedo figurarme claramente esta alma querida de que hablo. Y me la figuro; mejor dicho la veo: es una chiquilla adorable, de grandes ojos violetas, encerrada en una jaula de cristal fino, donde juguetea inocentemente con sus dedos de color de rosa. Ella es mi amiga y, aunque menos joven que yo, es muy juiciosa ya. Cada vez que me habla, una impresión, una tristeza o un dolor queda contra las paredes de la jaula, la chiquilla deliciosa toca con sus dedos menudos en el cristal finísimo, haciendo vibrar exquisitamente toda esa alma mía tan frágil. Hace ya largo tiempo que yo había sentido esos escálofríos cristalinos; pero no sabía que viniesen de las manos dulces y crueles de esa niña, y sobre todo, aun no me había sido dado el placer de observar sus ojos violetas, sus ojos de crepúsculo, en donde parece que nevaran eternamente pétalos de vincapervincas y heliotropos... Ahora sí, ahora estoy completamente alegre...; y hago vibrar mi placer con la vida, lo más a menudo que puedo, con el objeto de que mi pequeña alma de cristal esté contenta entonando sus melodías.

itarnos

CAMILLE MAUCLAIR.



Un crítico

COMO un esquimal miope por un museo de mármoles griegos, lleno de Apolos gloriosos y de Venus inmortalmente bellas, Nordau se pasea por entre las obras maestras que ha producido el espíritu humano en los últimos cincuenta años. Lleva sobre los ojos gruesos lentes de vidrio negro, y en la mano una caja llena de tiquetes con los nombres de todas las manías clasificadas y enumeradas por los alienistas modernos. Detiéndose al pie de la obra maestra, compara las líneas de ésta con las de su propio ideal de belleza, la encuentra deforme, escoge un nombre que dar a la supuesta enfermedad del artista que la produjo, y pega el tiquete clasificativo sobre el mármol augusto y albo. Vistos al través de sus anteojos negros, juzgados de acuerdo con su canon estético Rosseti es un idiota; Swinburne un degenerado superior; Verlaine un medroso degenerado, de cráneo asimétrico y cara mongoloide, vagabundo, impulsivo y dipsómano; Tolstoi un degenerado místico e histérico; Baudelaire, un maniático obscuro; Wagner, el más degenerado de los degenerados, grafónomo, blasfemo y erotómano.

Dichoso clasificador de manías, que no has sentido la vida y no has encontrado en tu vocabulario técnico fórmula en que encerrar las obras maestras de las edades muertas, oye: ¿eran neurópatas consumados los hombres del Renacimiento, cuyas obras, telas y mármoles y bronce, donde el oro y la sombra de los años acumulan misterio sobre misterio, turban a los sensitivos de hoy con el enigma cautivador de sus líneas y de sus medias tintas? ¡Mira los Cristos dolientes y sombríos, más heridas que carne y más alma que cuerpo, que languidecen entre la sombra de los lienzos del Sodoma; interroga la sonrisa ambigua de las figuras del Vinci; respira el olor que se desprende de las telas de Valdés Leal; contempla la crueldad refinada y bárbara de las crucifixiones del Españolito; vuelve tus manos rudas hacia el fondo de los siglos, y distribuye tiquetes de clasificación patológica a esos que sintieron y expresaron lo que sienten los hombres de hoy!

¡Oh grotesco doctor alemán, Zoilo de los Homeros que han cantado los dolores y las alegrías de la Psyquis eterna en este fin de siglo angustioso! ¡Tu oscuro nombre está salvado del olvido...!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.

Elegías puras

DULCES rosas de olor que entre la hiedra verde
daís a la noche azul vuestra mustia elegancia:
cual la vuestra, la esencia de mi vida se pierde
en una noche triste de brisa y de fragancia.

¡Si la estrella no fuera de una plata tan dura,
si no fuera la tumba de una nieve tan fuerte,
y vuestro olor ¡oh rosa! floreciera en la altura
y tu olor ¡alma mía! diera vida a mi muerte!

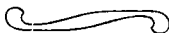
Melancolía, fuente de hilo eterno de plata
¿qué corazón de lágrimas te surte? ¿Entre qué flores
perpetuas te renuevas, cristal mustio, sonata
de la sombra, garganta de antiguos ruiseñores?

Hilo que ardes al sol, que sueñas a la luna,
que haces treno en el viento y en la brisa haces canto,
fuego, ensueño, lamento y copla sin fortuna,
melancolía ¡fuente de hilo eterno de llanto!

Collado mustio ¿sientes frente al sol amarillo
la nostalgia de oro de una lírica aurora,
tú que tienes por alma un pájaro y un brillo,
una hierba que sueña y un ruiseñor que llora?

Bajo tu cielo azul eran las golondrinas,
las nubes blancas iban a tí por su bonanza:
y hoy tus aguas paradas reflejan en ruínas
las que ayer fueron torres de ilusión y esperanza.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.



Recuerdos de Pisa



AL declinar la tarde, Lord Byron sa-
lía, en cabalgata de amigos, por la
Porta delle Piagge, prolongación del
Lungarno Mediceo, o con rumbo a
las *Cascine di San Rossore*, donde
se adelantan hacia el mar hermosos
bosques de pinos. Antes de la vuelta solía dete-
nerse para tirar a la pistola, ejercicio en el que
cifraba uno de esos piques de vanidad que los
grandes ponen a menudo en sus habilidades peque-
ñas. Cuando regresaba del paseo, la jovial expresi-
ón o la displicente frialdad de sus saludos mos-
traban a las claras si había ganado o perdido la
partida.

Fué aquí donde pasó por la mente del autor de
Don Juan la idea de ir a buscar libertad y sosiego
en la recién emancipada América Española. Pero
se cruzó la insurrección de Grecia: Grecia fué nues-
tra rival y quedó de preferida. Y fué asimismo

Derechos reservados

aquí donde concertó con Shelley, que viajaba como él por Italia y con otro escritor amigo, Leigh Hunt, la publicación de un periódico en Londres — Sabedlo, compañeros de profesión, los que no lo sabíais. El espíritu más rematadamente aristocrático del siglo XIX militó también en nuestro gremio. ¡Lord Byron redactor de periódicos! (Recuerdo el tono despectivo de Momsen para caracterizar a Cicerón: ¡Era un periodista!) Sí, por cierto; y su periódico se tituló como el de cualquier moderno paladín: se tituló *El Liberal*. El liberalismo estaba entonces en su fresca aurora, y tenía para las almas de elección el singular prestigio de las ideas que aun no han pasado a incorporarse a los bienes mostrencos del sentido común. Los mucifuces y zapirones de 1822 eran, por lo general, conservadores. El rebelde Hárold, aunque no hubiera opinado contra ellos por su generosa pasión de libertad, se les hubiera opuesto por soberano instinto de contradicción.—¿Y a que no acertáis cuánto duró el periódico de Byron?; Tres números! Bien es verdad que sobrevino, para malograr-la empresa, la arrebatada muerte de Shelley.

Shelley, el pagano por el pensamiento y por el arte; el intérprete del furor de Prometeo; el no superado precursor de la apología satánica, que conoció nuestra generación en las letanías de Baudelaire y el himno de Carducci, halló la muerte en el vuelco de la barca que le conducía, en el golfo de Spezia. Byron quiso tributar a su hermano en rebelión y en genio un funeral antiguo. A la orilla del mar homicida, sobre la desierta playa de Viarreggio, con las montañas apuanas por fondo, hizo encender la hoguera mortuoria. En ella vió consumirse el cuerpo del poeta, menos su corazón que resistió a las llamas y fué conservado en espíritu de vino. Terminada la austera ceremonia, se lanzó de un ímpetu al mar y, nadador intrépido como era, llegó braceandó hasta su *schooner*, anclado a varias millas de la costa. ¿Qué lector americano habrá que no recuerde con orgullo que el yatch de Byron se llamaba *Bolívar*?

Pero aún esperaba al indomable Hárold, en este sombrío palacio de Lanfranchi, un dolor más agudo. Pocos días antes de alejarse de él, supo la muerte de su hijita de cinco años, Allegra, que educaba en el convento de Bagno Cavallo. La paternidad fué siempre como un hilo de aguas dulces en aquel corazón de soberbia y amargura. Cuando volvió del doloroso estupor que la condesa de Guiccioli refiere en sus memorias, escribió a un amigo de Londres para que su ángel fuera enterrado en el cementerio de Harrow, donde él solía vagar en su niñez mediatubunda, y quiso que en la lápida se inscribiesen estas palabras, tomadas del Libro de los Reyes: *Yo iré hacia ella; ella no vendrá más a mí.*

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.